

LA REGIÓN EN EL PENSAMIENTO GEOESTRATÉGICO. REGIONALIZACIÓN, *AREA STUDIES* Y AMERICANISMO

David Herrera Santana

[...] *si Hitler busca un lebensraum [espacio vital] muy bien podría tenerlo. Excepto que esta vez [...] será un lebensraum americano, un lebensraum global, un lebensraum económico*, Isaiah Bowman, 1940
(citado en Smith, 2003: 250)

Introducción

El estudio de la región y lo regional se ha hecho desde múltiples perspectivas y todas ellas han coadyuvado en la comprensión de una problemática que, no obstante, dista mucho de estar resuelta y que, al contrario, ha mostrado ser de difícil comprensión. En muchas posturas teóricas, la región parece estar dada, por ello se plantea únicamente la necesidad de elaborar aparatos conceptuales y metodologías que permitan comprender sus dinámicas, sus características y particularidades para, en el mejor de los casos, llegar a la comprensión de cómo se relacionan con otros componentes regionales.

No obstante, al acercarnos a la región como un problema de análisis, pronto descubriremos algo evidente: “región” en realidad es un vocablo que se refiere a múltiples significados dependiendo del campo de conocimiento en el cual se enuncia, así como también dependiendo de la escala en la cual se centre la mirada de análisis. Región y escala se entrecruzan y yuxtaponen en múltiples ocasiones e incontables dinámicas, así como también la propia fragmentación del conocimiento, característica de las formas modernas de conocer y producir el mundo que lleva a que la región en realidad se refiera a diferentes dinámicas y formas de comprensión.

En el caso de las llamadas regiones internacionales, más emparentadas con las escalas global y estatal-nacional, así como con el ámbito de las ciencias sociales, éstas son tomadas como conformaciones espacial/territoriales y configuradas por patrones de homogeneización dados que han

delimitado fronteras entre distintos tipos de agrupamientos que se revelan a sí mismos en caso de contar con los conceptos y las herramientas metodológicas suficientes. Los denominados *area studies* o estudios de área parten de esta lógica que conlleva el análisis y la comprensión profunda de las dinámicas regionales propias de cada conformación, en aras de comprender una porción de la escala global y, con ésta, del mundo.

En este capítulo, parto de la idea de que, como representaciones espaciales, los estudios regionales en realidad son parte de la *fabrica mundi* (Mezzadra y Neilson, 2014), que mediante procesos de perimetrización espacial (Rodríguez, 2003) y de regionalización producen una espacialidad estratégica (Herrera, 2017a) destinada a la conformación de aglomeraciones regionales de regulación biopolítica de diversos factores —mano de obra, recursos, infraestructuras, formas de autoridad y gobierno, territorios y relaciones sociales (de producción)— que son la base para los procesos globales de producción, reproducción y acumulación, así como las simbolizaciones y subjetidades que sostiene la forma civilizatoria vigente; de igual manera, que la raza funge como eje ordenador y jerarquizador entre regiones conjugándose con la clase y el género en todo momento.

Con ello, pongo el acento en el hecho de que son formas históricas y, por ello, susceptibles de ser modificadas cuando las formas imperantes ya no corresponden con las funciones y necesidades que son requeridas. De esta manera, el espacio dominante y las representaciones del espacio se confrontan constantemente con las contradicciones presentes en cada momento y con los espacios de representación que se configuran mediante esas formas contradictorias cotidianas (Lefebvre, 2013).

Atendiendo a lo anterior, he dividido el capítulo en cinco apartados, lo que me permitirá una mejor exposición del tema. En el primero, analizo a la región y su vinculación con el concepto de representación del espacio, así como a los procesos de regionalización como formas de perimetrización y producción de un espacio dominante. En el segundo apartado, busco discutir la escala y la región como procesos y conformaciones interrelacionadas y yuxtapuestas que responden a formas de diferenciación espacial y de desarrollo desigual que devienen de la lógica capitalista, pero también de la acción de sujetos (colectivos) concretos. Esto me permite, en los apartados tres y cuatro, plantear el desarrollo histórico de los *area studies* en Estados Unidos y su conformación como campo de producción de representaciones

espaciales geoestratégicas dirigidas a la consolidación de una praxis derivada de la hegemonía mundializada: la del americanismo. Por último, en el quinto apartado, me adentro en la discusión sobre las contradicciones que llevaron tanto a la crítica y la reformulación de los estudios regionales —como formas dominantes de representación y regionalización— como en las formas históricas que debieron inaugurar otras representaciones.

De esta manera, busco contribuir en el debate sobre la región y lo regional adentrándome en el análisis de los procesos estratégicos que, desde la forma civilizatoria vigente y las relaciones de poder que la sostienen regionalizan, perimetrizan, asignan lugares y producen espacialidades a partir de los entrecruzamientos entre clase, raza y género, y, ante todo, a partir de la noción del gobierno del espacio social mundial para procurar la reproducción del capitalismo histórico y los sujetos dominantes que comandan la lógica capitalista contemporánea, específicamente poniendo atención en Estados Unidos como sujeto hegemónico y en los saberes que produce. De igual forma, también busco adentrarme en la lógica de las contradicciones presentes en la dialéctica espacio dominante/espacio dominado, específicamente en su relación con la región.

La regionalización como representación: la praxis y el espacio dominante

En la teorización que hiciera Henri Lefebvre sobre la producción del espacio (Lefebvre, 1976, 2013), aparece como elemento central una tríada conceptual que guía sus reflexiones al respecto. Siempre haciendo la advertencia de que en realidad no se trata de momentos o procesos separados e independientes, sino de una misma dinámica que solamente se diferencia con fines explicativos y metodológicos, Lefebvre plantea observar a detalle las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación como constitutivos de la producción espacial y, según él, deben referirse a:

La práctica espacial, que engloba la producción y la reproducción, lugares específicos y conjuntos espaciales propios de cada formación social; práctica que asegura la continuidad en el seno de una relativa cohesión. Por lo que

concierno al espacio social y a la relación con el espacio de cada miembro de una sociedad determinada, esta cohesión implica a la vez un nivel de competencia y un grado específico de performance.

Las representaciones del espacio, que se vinculan a las relaciones de producción, al “orden” que imponen y, de ese modo, a los conocimientos, signos, códigos y relaciones “frontales”.

Los espacios de representación, que expresan (con o sin codificación) simbolismos complejos ligados al lado clandestino y subterráneo de la vida social, pero también al arte (que eventualmente podría definirse no como código del espacio, sino como códigos de los espacios de representación) (Lefebvre, 2013: 92).

Esta tríada conceptual es útil para plantear el proceso de regionalizar como parte de una praxis espacial que deviene de representaciones del espacio y que se impone a los espacios de representación y condiciona las prácticas espaciales; es decir, la dialéctica espacio dominante/espacio dominado que el filósofo francés refiere en su obra. Me centraré en ello para, posteriormente, plantear la centralidad de las representaciones espaciales en la producción de las regiones.

En el nivel de las prácticas espaciales, se percibe el espacio, es decir, se trata de la reproducción cotidiana de la vida social dotándole de “cierta cohesión, sin que esto sea equivalente a coherencia” (Lefebvre, 2013: 97). El ámbito de las representaciones del espacio se refiere al “espacio concebido, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas fragmentadores, ingenieros sociales, y hasta de ciertos tipos de artistas próximos a la cientificidad, todos los cuales identifican lo vivido y lo percibido con lo concebido” (Lefebvre, 2013: 97). Es, como explica el propio Lefebvre, “el espacio dominante en cualquier sociedad” (Lefebvre, 2013: 97). Por último, los espacios de representación se equiparan con “el espacio vivido” al ser “el espacio de los ‘habitantes’, de los ‘usuarios’” (Lefebvre, 2013: 98).

Como se desprende de esta teorización, Lefebvre pone el acento en las representaciones espaciales en el momento de referirse al espacio dominante. Se trata entonces de la forma como la conceptualización, la planificación y la apropiación del espacio lo produce tanto como instrumento como medio de reproducción de prácticas y proyectos de dominación que subsumen la propia reproducción de la vida cotidiana, la codifican y simbolizan generando ese performance de los sujetos, los habitantes, los usuarios, los consumidores del espacio e incluso a aquellos que se les niega tal calidad.

Es por ello que un espacio producido siempre es político e instrumental. Al respecto, el filósofo francés plantea:

Las clases actualmente en el poder tratan hoy en día por todos los medios de servirse del espacio como si de un instrumento se tratase. Instrumento con varios fines: dispersar la clase obrera, repartirla en los lugares asignados para ella —organizar los diversos flujos, subordinándolos a reglas institucionales—, subordinar, consecuentemente, el espacio al poder —controlar el espacio y regir de forma absolutamente tecnocrática la sociedad entera conservando las relaciones de producción capitalistas— (Lefebvre, 1976: 140).

A partir de ello, planteo que el acto de regionalizar, es decir, de producir la región, deviene de esta triada espacio percibido-concebido-vivido. De ella podemos derivar que la región, que en innumerables ocasiones ha sido ontologizada y, por lo tanto, dada como algo fijo y rara vez cambiante, en realidad deviene de complejos procesos de producción espacial que determinan las formas como se percibe, vive, consume, disfruta (o no) y se apropia el espacio. Por ello, de la forma en cómo se producen y reproducen sujetidades concretas y relaciones sociales (también de producción) que definen la dinámica de la región y lo regional. La región que es atravesada por múltiples escalas y que también llega a contenerlas en su propia conformación espacial.

Considero relevante plantear la “perimetrización de los espacios” (Rodríguez, 2003: 125) —que deviene del poder disciplinario y las formas biopolíticas y gubernamentales (Foucault, 1988; 2006; 2008) que consolidan espacios disciplinados de control y vigilancia, así como de reproducción normalizada de individuos y poblaciones— como una base para comprender los procesos de regionalización. Es decir, la región es una tecnología de producción de espacios perimetrales —delimitados y definidos— cuya función se centra en la regulación y producción biopolítica y gubernamental de las formas y los procesos de vida a los cuales incorpora y contiene, así como de los flujos que se configuran en su propia dinámica y en la interacción dialéctica entre diversas regiones y diferentes escalas. De esta manera, la producción regional deja de lado la referencia ontológica a la región como porción y/o unidad espacial definida por características y cualidades únicas y exclusivas, y como aglomeración de factores y componentes físicos y sociales que la determinan como unidad independiente.

No afirmo, por supuesto, que esas aglomeraciones no estén contenidas en una región, pero sí que no son formas preestablecidas, sino que devienen de procesos sociales, políticos, económicos y producciones culturales —es decir, de procesos estratégicos— que regionalizan y conforman esos espacios perimetrales que, al fin y al cabo, terminan por ser concebidos como porciones neutras, inmutables y objetivas de un espacio que es concebido de igual manera. Estas producciones, al mismo tiempo, conforman la dinámica de un espacio dominante que media las formas de reproducción, así como también los proyectos y procesos de dominación social.

Lo anterior no quiere decir que este espacio sea coherente, pero sí que cohesiona formas sociales contradictorias —la competencia y el performance— y media su lógica de desarrollo. Es decir, a pesar de esas contradicciones y de las formas que abiertamente contravienen la lógica del espacio dominante, éste lo será mientras logre cohesionarlas y darles un sentido en la reproducción cotidiana. Por ello, las representaciones del espacio identifican, y así deben hacerlo, lo percibido y lo vivido con lo concebido, al buscar dar coherencia al sentido de unidad y de ordenamiento, establecer jerarquías y definir las relaciones de mando-obediencia de dominación/subalternidad.

Representar y concebir el espacio es parte de ese pensar estratégico que busca legibilizar la maraña social (Scott, 1998) para ordenarla y darle un sentido, asignarle un lugar —en el nombre de cada quien según el lugar que le corresponda— dentro de las jerarquías sociales, para procurar el efectivo ejercicio del poder que transita desde el disciplinamiento como forma productiva de subjetividades concretas (Foucault, 1988) hasta la regulación y producción biopolítica de formas perimetrales y transperimetrales definidas por los flujos e intercambios, por las excedencias de vida producidas consciente e inconscientemente (Rodríguez, 2003) que llegan a rebasar y cuestionar los dispositivos vigentes de control, gobierno y regulación, para dar paso a nuevas formas representacionales que busquen contenerlos, apropiarlos y significarlos en un nuevo ciclo productivo.

Concibo, de esta forma, que la región es entonces una producción espacial cuya lógica no deviene de los esencialismos culturalistas y romanticistas que la conceptualizan como producto de la dinámica interna, de las interacciones entre sociedad y naturaleza —como polos opuestos y diferenciados—, sino de prácticas, representaciones y relaciones sociales que en el contexto de formas civilizatorias y modos de producción concretos producen espacialidades

cuyo sentido está en fungir como mediación estratégica de procesos de reproducción social, y cuya forma se encuentra definida por esa misma dinámica.

El proceso de regionalizar se equipara con la representación espacial porque subsume también a las prácticas espaciales y a los espacios de representación, es decir, al espacio percibido y vivido. Regionalizar se transforma en una praxis estratégica cuyo sentido es la conformación de un espacio perimetral como mediación de la producción biopolítica de subjetidades, relaciones, individuos y poblaciones, así como realizar funciones de gobierno, administración, de regulación y control de la reproducción cotidiana y rutinizada de estos ensamblajes.

Como actuar estratégico, representar una región equivale a producirla, ordenar sus dinámicas, hacer legible ese ordenamiento para el ejercicio efectivo del poder, jerarquizar y asignar un sentido a los flujos y las subjetidades que en ella quedan contenidas; es también la asignación de lugares para clases y razas, así como para su regulación genérica, que permite el gobierno y la regulación de sus interacciones y formas de inserción en la dinámica del moderno sistema mundial.

“El ‘estratega’ no ve el terreno, incluso no debe verlo de otra manera que conceptualizado”, afirma Claude Raffestin para sentenciar que, “de lo contrario, no podría actuar” (Raffestin, 2013: 45). La región es, entonces, parte de esa conceptualización estratégica que se dispone y propone ante la necesidad de gobernar el espacio, de controlar los flujos, los factores y las relaciones de producción y, en última instancia, la vida misma. Puede afirmarse que regionalizar es siempre un acto concebido por algunos —para gobernar a otros— con algún propósito.¹

La región, sin embargo, se presenta de forma diferente dependiendo de la escala. Como he afirmado antes, las escalas atraviesan las regiones, pero éstas también se entremezclan con las escalas. En este capítulo me referiré a aquella región que se configura como perimetrización espacial que contiene a la escala Estado —de hecho, a la interacción entre múltiples Estados— y que se concibe como parcela de la escala global. Plantearé que la concepción contemporánea de región en estas escalas deviene de una praxis hegemónica, indiscutiblemente vinculada con la calidad de sujeto

¹ Parfraseo aquí a Robert W. Cox cuando planteaba que: “La teoría es siempre para alguien con algún propósito” (Cox, 2013: 132). De la misma forma, regionalizar es ‘para alguien’ —o algunos— y tiene algún propósito —en realidad varios—, el principal de los cuales es el gobierno del espacio social.

hegemónico que detenta Estados Unidos (Ceceña, 2008; Herrera, 2017b). No obstante, antes de desarrollar este punto, me adentraré en la discusión de la diferenciación espacial: la escala y la región en la dinámica de fragmentación, desarrollo desigual y lógica estratégica del espacio capitalista mundial y, específicamente, en la lógica de la confrontación intercapitalista.

Fragmentación estratégica del espacio: escala y región en la diferenciación espacial

Algunas preguntas pueden ser formuladas en este punto: ¿para qué regionalizar?, ¿quién(es) regionaliza(n)?, ¿la diferencia precede a la región o la región a la diferencia?, ¿cómo se constituyen las escalas, específicamente la global, en el contexto de la fragmentación que representan los procesos de regionalización?, ¿la regionalización es acaso la máxima expresión del tránsito hacia la posmodernidad o la expresión netamente moderna?

Confío, cuando menos, en apuntar hacia algunas líneas que permitan anotar ciertas respuestas. Para qué regionalizar y quién(es) regionaliza(n) son dos preguntas centrales para el análisis aquí propuesto cuya respuesta no es sencilla. Los procesos de regionalización han sido observados desde múltiples puntos de vista y numerosas teorizaciones. Muchas de ellas coinciden en centrarlos en la forma como las regiones se producen a partir de patrones de homogeneización —en la interacción medio-sociedad— al interior y, por ello, en cómo se contraponen éstos con los que ocurren en otras regiones. Esta postura es muy allegada a aquellas otras tradicionales que se abocan al estudio de las naciones y los nacionalismos.

En contraposición, y como he expresado en el apartado anterior, concibo que la región es esa forma de perimetrización que viene de interacciones y formas relacionadas que producen delimitaciones espaciales complejas, aglomeraciones y subjetividades que, por ello, son resultado de la producción espacial y que, sin duda, la modifican y reestructuran en plena interrelación dialéctica, pero que jamás la preceden como formas ontológicas pre-existentes, prístinas e inmutables. La misma línea de reflexión puede ser aplicada para la cuestión nacional.

Por lo tanto, a las preguntas sobre para qué regionalizar y quiénes regionalizan debe dirigirse la mirada y la reflexión hacia un materialismo-histórico

que indique las interacciones en las formas de reproducción de la vida en los sustentos materiales, sus modificaciones a lo largo del devenir histórico, el desarrollo de las fuerzas productivas, la organización social de la producción, la conformación de los modos de producción, la formación de codificaciones y significaciones culturales de estas formas reproductivas y, en fin, los procesos vivos que estructuran y reestructuran la sociabilidad, los proyectos societales —incluyendo los de dominación de clase, raza y género— y las mediaciones estratégicas que permiten esa reproducción normalizada, aunque contradictoria —como el espacio social mismo—.

Es innegable que el tema de la diferencia es central para esta reflexión. La producción diferencial del espacio es una constante en el devenir histórico de la humanidad (Harvey, 2018). Las diversas culturas y formas civilizatorias, así como los distintos modos de producción y las relaciones sociales de producción que los conformaban imprimieron diversas maneras de producir la espacialidad y el espacio social.

En este sentido, muchos mundos existieron y se produjeron a lo largo de la historia. Aunque este argumento podría ser tomado como la base para afirmar que, entonces, la diferencia preexistente derivó en la conformación de las regiones como porciones de espacio diferenciadas, en realidad debe ser analizado con mayor profundidad.

Parto de la idea de que la modernidad, y sobre todo la modernidad capitalista, que se mundializa —es decir, que produce un mundo (*fabrica mundi*) (Mezzadra y Neilson, 2014)— a partir del siglo xv y, con ella, las formas civilizatorias y de producción de subjetividades, relaciones sociales, producción y reproducción de la vida material, y las simbolizaciones que a partir de ella se producen son en realidad el punto de inicio para comprender los procesos de regionalización y, con ello, de diferenciación espacial. Como ha afirmado Neil Smith:

El capital hereda un mundo geográfico que se encuentra diferenciado entre complejos patrones espaciales. Conforme el paisaje cae bajo la influencia del capital [...] estos patrones son agrupados dentro de una creciente y sistemática jerarquía de escalas espaciales. Tres escalas espaciales emergen con la producción del espacio bajo el capitalismo: el espacio urbano, la escala del Estado-nación y la escala global. En diferentes grados, cada una de estas escalas se encontraba históricamente dada antes de la transición al capitalismo. Pero, en extensión y sustancia, son transformadas absolutamente en las manos del capital. Así como

la integración espacial es una necesidad para la universalización del trabajo abstracto, en la forma de valor también la diferenciación de espacios absolutos en escalas particulares de actividad social es una necesidad central para el capital. Como medio para organizar e integrar los diferentes procesos involucrados en la circulación y acumulación de capital, estos espacios absolutos son fijados dentro de un flujo más amplio de espacio relativo, y devienen en el fundamento geográfico de toda la circulación y expansión del valor (2008: 180).

Si bien el enfoque de Smith se dirige a lo que denomina política de escalas, bien puede aplicarse para una (geo)política de las regiones. Es decir, ese patrón de diferenciación heredado por el capital se manifiesta también en procesos de regionalización que igualmente son centrales para los procesos de producción y circulación; las regiones son fijadas en un flujo más amplio de espacio relativo, coadyuvan en los procesos de circulación y acumulación de capital, al tiempo que responden a una morfología producida por los procesos de centralización y concentración del capital (Smith, 2008), y de igual manera devienen de ese fundamento geográfico de la circulación y expansión del valor.

Como es posible observar, también pueden identificarse diferentes regiones como las propias escalas: (1) la región que se apega más a la escala de la reproducción de la vida cotidiana; (2) la región que aglomera diversas formas urbanas; y (3) la región como aglomeración de diversas escalas estatal-nacionales, entendida ésta como macroregión o región internacional y apegada más a la lógica de la escala global. Así vista, la región como la escala no es única, tampoco se refiere a tamaño o lugar, sino a procesos de perimetrización espacial que coexisten con las escalas y representan formas de fijación espacial que permiten la fluidez del espacio relativo (Harvey, 2007).

Escala y región se interconectan de múltiples formas y ambas son tecnologías de ordenamiento, regulación, administración, concentración y centralización, contención y producción que responden a formas biopolíticas y gubernamentales de producción de relaciones sociales, subjetividades y ordenamientos simbólicos que permiten que los procesos de producción, circulación y acumulación acontezcan de forma cotidiana y cotidianaizada, con el mínimo de resistencia y obstáculos posibles. De esta manera, la diferenciación espacial no es ya la heredada, sino la que se produce e induce como condición *sine qua non* para la reproducción del capitalismo mundializado (Smith, 2008).

Si la escala dota de jerarquías a los procesos que permiten la producción, circulación, acumulación y reproducción del capitalismo mundial, la región —en interacción constante con ésta— permite esa perimetrización espacial que aglomera el territorio, los recursos, la mano de obra, las relaciones de mando y obediencia, las formas de autoridad y regulación biopolítica y administrativa de la reproducción cotidiana de la vida que marcan una tendencia clara de desarrollo desigual, diferenciado y jerarquizado que, en su diferencia, es fundamental para la reproducción de la escala global, y de las escalas y regiones que le dan forma.

De esta manera, ¿quién(es) regionaliza(n)? puede responderse con los procesos de producción, expansión, circulación y acumulación que requieren producir diferencia (Harvey, 2018) para procurar su reproducción y, con ella, la de la forma de valor.

No obstante, la respuesta quedaría inconclusa y llevaría a plantear una dinámica fantasmagórica que, aunque existente y derivada de la lógica del valor, no brinda toda la respuesta. No se trata de un automatismo que deviene de una lógica abstracta y metafísica, sino del resultado de procesos derivados de la acción (geo)política de numerosos sujetos —individuales y, ante todo, colectivos— cuyas praxis y representaciones se producen y se materializan en consonancia con esa misma forma de valor imperante. Por ello, los procesos de diferenciación espacial —escala y región—, si bien responden a lógicas de consolidación del capitalismo histórico como sistema mundial, son también derivados de la acción de sujetos concretos cuyas motivaciones están subsumidas en esa lógica global.

Es decir, los procesos de perimetrización espacial a los que he estado haciendo referencia son también el resultado de representaciones espaciales producidas por sujetos (colectivos) concretos, y cuyos intereses derivan en la necesidad de ordenar, legibilizar, administrar, regular, controlar y vigilar producciones socio-espaciales concretas que les permitan sostener su propia reproducción normalizada, hacer frente a dificultades inesperadas, resolver y solucionar —o buscar hacerlo— las contradicciones que su propio actuar produzca, así como modificar radicalmente las situaciones imperantes cuando su estructuración y lógica de operación ya no responda a los requerimientos de valorización que guían sus modos de actuación. Estados, corporaciones y asociaciones sociales diversas pueden ser inscritos en esta dinámica y racionalidad.

Encontramos, de esta forma, que los procesos de diferenciación espacial que incluyen la regionalización son tanto producciones de procesos y lógicas que devienen de la forma civilizatoria y el modo de producción vigentes como del actuar concreto de sujetos que se reproducen en éstas, y cuyas representaciones espaciales buscan producir espacialidades dominantes que permitan la consecución de sus intereses individuales (aunque en su mayoría hablemos de sujetos colectivos). Así, la región es una expresión ultramoderna de la racionalidad de diferenciación y heterogeneidad que impera en la lógica del capitalismo histórico, y no evidencia del tránsito hacia la posmodernidad, como se presenta en algunas interpretaciones.

La regionalización —en distintas escalas y como escala misma— es también parte de los procesos de equilibrio e igualación espacial que permiten que lo diverso se comunique y que no estalle en distintas dinámicas que harían perderse al sentido de totalidad (Smith, 2008). Como fijos espaciales (Harvey, 2007), las regiones cristalizan momentáneamente aglomeraciones complejas de formas materiales, sociales y simbólicas que representan esa fijación requerida para que el espacio relativo pueda continuar con sus diversos flujos y movimientos. La evidencia más clara está dada por las diversas infraestructuras —materiales o no— que permiten el ejercicio del poder, la penetración, el control territorial efectivo y la regulación biopolítica de poblaciones, a partir de formas de autoridad bien instituidas (Herrera, 2019).

Habiendo establecido la dimensión estratégica de la regionalización, en un nivel todavía general, en las próximas páginas me centraré en la región como parte esencial del pensamiento geoestratégico estadounidense; es decir, las representaciones espaciales que devienen de la praxis hegemónica de un sujeto colectivo que desde el periodo entreguerras ha buscado la consolidación de un espacio dominante proclive a su reproducción y, con ella, a procurar la cotidiana producción, circulación, acumulación, concentración y centralización que la sostienen y que históricamente le dieron vida.

La ignorancia abismal, el pensamiento provinciano y el conocimiento del mundo: la mirada geoestratégica en los inicios del siglo americano

La guerra, las necesidades impuestas por el proceso de acumulación de capital y los intereses concretos de la clase empresarial-capitalista llevaron

a que, posterior a la primera guerra mundial, comenzara a abrirse en Estados Unidos una brecha de análisis de una dimensión hasta entonces desconocida: las regiones que integraban el mundo (Smith, 2007). Con ello, pretendía contrarrestarse la ignorancia abismal que caracterizaba al pensamiento provinciano que, hasta entonces, permeaba incluso en la reflexión geoestratégica.

El proceso de expansión territorial llevado a cabo durante el siglo XIX (Guerra, 1973) había logrado consolidar la dimensión continental estadounidense, al tiempo que había producido un gran espacio capitalista con una hegemonía *sui generis*, el americanismo (Gramsci, 2000), emanada de la modernidad americana que se encuentra caracterizada por su radicalidad, una *hybris* americana que artificializa lo natural, y naturaliza lo artificial, propiciando que la forma natural fuera subsumida por la forma de valor, dando vida a un enriquecimiento de la experiencia y sociedad capitalistas, pero también a un empobrecimiento extremo del horizonte emancipatorio moderno (Echeverría, 2008).

En este contexto, sin embargo, el pensamiento monista y extremista estadounidense (Lipset y Raab, 1981) era también abiertamente parroquiano, por lo que el conocimiento del mundo se limitaba a experiencias y visiones muy sesgadas que no iban más allá de cierto interés académico-elitista por los estudios clásicos, el conocimiento de Europa occidental y sus producciones filosóficas —supuestas bases de la Independencia estadounidense—, así como por algunas referencias sobre ciertas partes de América Latina. Por lo demás, este conocimiento del mundo no significaba un rompimiento con el esquema general que imperaba en torno a la consolidación de las disciplinas sociales en Europa —y la división con las humanidades—, el orientalismo y la antropología que, desde la conformación de la raza como eje ordenador y jerarquizador del sistema mundial, imponían las fronteras del conocimiento y del cómo, porqué y para qué conocer (Wallerstein *et. al.*, 1997).

Los problemas de sobreacumulación de la década de 1890 (Zinn, 1999), las soluciones espacio-temporales (Harvey, 2005) encarnadas en la Splendid Little War con España en 1898 y la anexión de Hawái y Puerto Rico, más la incorporación indirecta de Filipinas y Cuba, fueron hechos que comenzaron a cuestionar fuertemente ese conocimiento limitado y provinciano sobre el mundo. No obstante, fue la experiencia al límite brindada por la primera guerra mundial la que terminó de definir la necesidad de producir otro tipo de racionalidad y de aprehensión del mundo porque, aunque es

cierto que las consecuencias políticas, económicas y sociales no fueron las mismas para Europa que para Estados Unidos, sí plantearon una modificación profunda en la escala global y en el gran espacio relacional mundial, así como en las interacciones que le configuraban entonces.

La administración de Woodrow Wilson se enfrentó a la práctica inexistencia de una política exterior articulada y razonada desde una lógica de Estado, necesaria para afrontar situaciones de emergencia como la que enfrentó Estados Unidos a partir de finales de 1916. The Inquiry² fue el grupo de análisis creado *ex professo* por Wilson en 1917 para incursionar en el estudio de ciertas regiones que para entonces se presentaron como prioritarias. Guiado por figuras como Walter Lippman e Isaiah Bowman —que tendrá un papel relevante posteriormente en la misma dirección—, y sumamente relacionado con la American Geographical Society (AGS), este grupo de expertos se convertirá en el prototipo de *think tank* gubernamental que durante el siglo XX caracterizará a la dinámica (geo)política estadounidense.

El tipo de región a la que se refieren es la macroregión o región internacional, a la que he hecho alusión anteriormente, aquella que se encuentra directamente vinculada con las escalas global y estatal-nacional. No es coincidencia ni tampoco un acto inintencionado, sino que corresponde con esta etapa en donde el internacionalismo estadounidense busca romper con los estreñimientos aislacionistas y su pensamiento parroquiano para procurar las soluciones necesarias ante las tendencias de sobreacumulación, la necesidad de asegurar mercados externos, rutas de aprovisionamiento y de exportaciones de mercaderías, así como una seguridad que poco a poco dejará de ser provista por la presencia del Reino Unido en los mares y océanos del mundo.

Si la guerra y los procesos de acumulación de capital definen esta necesidad, por lo tanto, es también interés de la élite empresarial el que se encuentra detrás, como he afirmado antes. Es, en realidad, la conformación corporativa y elitista del Estado y la socialidad estadounidense, encarnada en el americanismo como hegemonía, lo que define que los intereses y las contradicciones capitalistas sean los que en última instancia determinen la dinámica política y geopolítica en ese país, tanto en su conformación

² En inglés, la palabra *Inquiry* tiene una doble acepción muy relacionada. Por una parte, el acto de formular preguntas; por la otra, la investigación a partir de estas preguntas. Es sumamente relevante reflexionar sobre este grupo que entonces se pregunta sobre el mundo y sus regiones, al tiempo que emprende una investigación para conocerlo y aprenderlo. The Inquiry es el antecedente directo de los *area studies*.

y dinámica interna como en las interacciones e interrelaciones hacia fuera de sus fronteras formales (Herrera, 2020).

Sólo así puede comprenderse que la expansión territorial y la globalización económica y financiera —pero también política, militar y cultural— formen parte de una unidad histórica (Orozco, 2001) que se consolida en este momento en donde Estados Unidos comienza a pensar al mundo y, al hacerlo, a representarlo para conformar un espacio dominante: el espacio estratégico del americanismo mundializado. El sesgo corporativo de este nuevo conocer y saber el mundo será algo que iniciará incidentalmente, pero se transformará en el *quid* de esta nueva labor.

The Inquiry se consolidó como un grupo multidisciplinario (cartógrafos, geógrafos, historiadores, economistas, periodistas, psicólogos, geólogos, abogados, expertos en estudios clásicos) que, por una parte, comenzó a retar la utilidad de la división disciplinaria —que hasta la fecha prima en el pensamiento científico social— y, por otra, pretendió desde un inicio conformarse en un pensamiento instrumental. Las regiones que comenzó a identificar fueron Rusia y el este de Europa, Palestina y Mesopotamia, los Balcanes, África, el Lejano Oeste y la región cercana a Estados Unidos: América Latina (Smith, 2007). Aquí comienza la llamada visión hemisférica que veinte años más tarde concluirá con la conformación del denominado Hemisferio occidental. El objetivo central de la administración Wilson era conseguir una paz científica, y esta visión fue plasmada en sus famosos catorce puntos que definían ante todo la necesidad de producir un nuevo mundo de puertas abiertas y de libertad económica y política.

Si The Inquiry representa el antecedente gubernamental en tiempos de guerra, el Council on Foreign Relations (CFR) será el antecedente de las preocupaciones empresariales-elitistas sobre esa gran ignorancia abismal. Considerado como el primer *think tank* privado en Estados Unidos, el CFR tiene sus orígenes en 1919, cuando algunos miembros de The Inquiry, ligados con personajes de la política y las finanzas —como el exsecretario de Estado (con Theodore Roosevelt) y de guerra (con William Mackinley) Elihu Root (también abogado de Wall Street), Alexander Hempphill (director del Guaranty Trust Bank) y George Wickersham (Fiscal general durante la administración Taft y abogado en Wall Street)— se propusieron crear un equipo que pudiera coadyuvar en los términos que la política exterior estadounidense debía conducirse en la posguerra. Contaron con una estrecha colaboración

inicial con un grupo de contrapartes británicas que al final conformarán el Chatham House (Shoup y Minter, 1977).

Formalmente integrado en agosto de 1921, el CFR estuvo dirigido de forma honoraria por el propio Elihu Root —republicano y ferviente expansionista e imperialista—, mientras que formalmente quedó bajo el mando de John W. Davis —demócrata, diplomático, abogado de J.P. Morgan y candidato a la presidencia en 1924—, conformándose como la unión de intereses partidistas y empresariales en la misión de comprender el mundo para actuar en él.

La misión del CFR, según sus miembros, era “guiar la opinión estadounidense” (Shoup y Minter, 1977: 18), para lo cual consolidaron su órgano de difusión principal: la revista *Foreign Affairs*, cuyo cometido sería difundir los análisis y las opiniones de este *think tank* para producir esa opinión y enmendar la política exterior estadounidense, sobre todo frente a la negativa de participar en la Sociedad de las Naciones y de involucrarse activamente en los asuntos mundiales. La organización de reuniones constantes con especialistas y representantes de los sectores público y privado fue otra de las estrategias de difusión en los intentos de producir una opinión estadounidense generalizada. Por último, se encuentran los programas de estudio e investigación que se vinculaban con los anteriores.

[...] El programa operaba de esta forma:

El comité a cargo de la investigación y estudio, trabajando con otros líderes del Consejo, escogerían un problema o región del mundo sobre la cual se enfocaría un equipo de hombres con distinta formación [académica y política-económica]. Existían dos tipos de grupos: grupos de estudio, enfocados en producir alguna clase de publicación como resultado de su trabajo, y los grupos de discusión, orientados hacia mantener informados a los líderes del Consejo y sus miembros acerca de problemas en materia de política exterior. Académicos, hombres de negocios, oficiales de gobierno, periodistas, militares, funcionarios de fundaciones [privadas] y miembros del *staff* del Consejo eran los participantes habituales. Esta asociación de los sectores de negocios, gubernamental y académico de la sociedad estadounidense fue la que hizo posible que los grupos de estudio y discusión del Consejo fueran extremadamente importantes. El Consejo proveyó de un foro en donde los líderes de estos tres sectores clave de la vida estadounidense pudieran encontrarse y generar consensos (Shoup y Minter, 1977: 20-21).

Como es posible observar, una de las preocupaciones centrales era la del estudio de las regiones del mundo, si bien aún no existía un conocimiento sistemático sobre éstas ni metodologías claras que pudieran ser de utilidad para estos análisis. La vinculación entre la academia, los intereses corporativos y el gobierno, característica de Estados Unidos durante el siglo XX, comienza a cobrar mayor relevancia con las actividades del CFR. Pensarse geoestratégicamente inicia su camino que se consolidará veinte años después. Las barreras tradicionales entre público-privado, disciplinas de conocimiento y ámbitos civil-militar no sólo son cuestionadas, sino totalmente borradas en estos primeros acercamientos.³

Como menciona Neil Smith (2007), en estos antecedentes de las representaciones espaciales del pleno siglo americano debe tomarse en cuenta también al proceso de institucionalización académica. A inicios del siglo XX, la visión orientalista estaba bastante extendida por el mundo y Estados Unidos no era la excepción. Por otra parte, los llamados estudios clásicos, los estudios sobre Europa occidental y los estudios sobre Estados Unidos —su proceso de expansión, la asimilación de otras poblaciones y los flujos migratorios— eran los que más consolidados se encontraban en la academia estadounidense y en el ámbito de la comprensión del mundo occidental. Sobre todo los estudios sobre Europa y los de Estados Unidos poseían una fuerte visión etnológica que descansaba en un racismo bastante institucionalizado para entonces.

Sin embargo, e influenciados por la *Splendid Little War* y la experiencia colonial, el corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, los flujos más fuertes de inmigración hacia Estados Unidos —con fuerte incremento a partir de la década de 1920—, los problemas al sur de la frontera y el cambiante contexto europeo e internacional ocasionaron en Estados Unidos una lenta, pero progresiva tendencia a estudiar otras áreas —regiones internacionales— distintas a la occidental, durante la segunda década del siglo XX.

América Latina y el este de Asia (especialmente China y Japón) fueron las dos primeras regiones que llamaron la atención en esta nueva etapa de institucionalización académica. La primera, debido a la creciente percepción de la influencia estadounidense sobre el Hemisferio occidental —no

³ En realidad, ya la historia previa de Estados Unidos contraviene ese establecimiento de fronteras y formas dicotómicas, pero a partir de aquí se convertirá en la norma en el mundo y ya no más en la excepción.

conseguida sino hasta la década de 1940— y la segunda por la percepción de las oportunidades y la competencia incrementada que se presentaban del lado del Pacífico. Este interés, en ambos casos, llevó a las grandes universidades, como Yale, a financiar estudios y expediciones para tener un acercamiento más adecuado y fructífero hacia las realidades que debían ser estudiadas y aprendidas. No obstante, pronto se mostró la limitante del financiamiento para continuar con los estudios (Smith, 2007).

La solución la dieron las grandes fundaciones privadas del sector empresarial, como la Fundación Rockefeller, la Fundación Ford y la Carnegie, en menor medida, que a partir de la segunda década del siglo XX comenzaron a invertir millones de dólares en programas de enseñanza de lenguas extranjeras y en programas de estudio y especialización en regiones del mundo, con el fin de formar especialistas que pudieran dar otra perspectiva de la situación global (Wallerstein, 1998; Smith, 2007). Este involucramiento de los intereses corporativos en la institucionalización académica de las regiones del mundo se relaciona con su propia necesidad de articular un espacio global proclive a sus propias necesidades, además de coadyuvar en la formación de esa política coherente de la cual se carecía entonces.

La experiencia de la segunda guerra será la que galvanice todos estos esfuerzos —los públicos, los privados y los académicos— que, si bien ya se estaban fundiendo, como es posible observar, encontrarán en el esfuerzo bélico y la (geo)estrategia de guerra el pretexto idóneo para conjugarse y conformar un conocimiento-poder, un saber (geo)estratégico que producirá una serie de representaciones espaciales, un espacio estratégico global altamente instrumental, funcional y jerarquizado que será la base de la reproducción de la hegemonía estadounidense: el americanismo mundializado.

Hegemonía y regionalización: los *area studies* y la praxis de la dominación geoestratégica

La segunda guerra mundial fue el momento decisivo en el proceso de regionalización que a partir de entonces requeriría el americanismo desbordado por todo el mundo. Los intentos gubernamentales, militares, académicos y corporativos que durante la primera posguerra iniciaron con la promoción de los estudios de las regiones internacionales cobraron mayor sentido, a

finales de la década de 1930, debido a las tensiones mundiales que ya avizoraban el inicio de un conflicto de grandes proporciones. La crisis de sobreaacumulación que caracterizó a toda la década anterior, los problemas que con ella vinieron —incluyendo el ascenso y fortalecimiento de los fascismos en Europa—, el viraje proteccionista y de búsqueda de la autarquía económica, más la vía militarista como la privilegiada para conseguir la anhelada recuperación —también como solución a las crecientes tensiones de clase y especialmente frente a la organización de la clase trabajadora (Gramsci, 2000)— tan sólo fueron elementos que aceleraron la urgencia de planteamientos (geo)estratégicos que permitieran, por una parte, relanzar la dinámica productivista de la etapa anterior y, por otra, lidiar con la conflictividad propia de una etapa de pugnas interimperialistas que ya había desencadenado una conflagración bélica de grandes proporciones veinte años antes. La crisis de los veinte años (Carr, 2004) entraba en una etapa peligrosa y las élites en cada potencia, incluyendo Estados Unidos, lo percibían claramente.

El estallido formal del conflicto bélico se dio en septiembre de 1939 y, a partir de entonces, las élites político-corporativas y militares estadounidenses se embarcaron en una labor de preparación para lo que se percibía como su inevitable entrada a la guerra, a pesar de la oposición configurada tanto en el Legislativo como en parte de la opinión pública, misma que debía ser objeto del proceso de *manufacturing consent*.⁴ El estudio del mundo tendría, en parte, también esta labor.

Derivado de los preparativos bélicos, surge la iniciativa, por parte del CFR, el Departamento de Guerra, el Departamento de Estado y algunas fundaciones privadas —representantes de los grandes intereses corporativos, como he apuntado antes— de iniciar un estudio sistemático del mundo —al menos de regiones clave para los esfuerzos bélicos— que permitiera tener una mirada y una política mucho más articulada y coherente que dotara de capacidades incrementadas para actuar y tener probabilidades mayores de éxito.

⁴ La fabricación del consenso era un tema recurrente y un campo de intervención bien ensayado desde que Walter Lippman, Edward Bernays y Harold Lasswell lo analizaran y teorizaran en un sentido abiertamente utilitario para controlar y apropiarse de la opinión pública en las décadas de 1920 y 1930; al respecto, Noam Chomsky plantea: “En el artículo ‘propaganda’ la *Encyclopaedia of the Social Sciences* de 1933, Harold Lasswell explicaba que no debemos sucumbir a ‘los dogmatismos democráticos de que cada hombre es el que mejor conoce sus propios intereses’. Debemos encontrar los métodos para asegurar que la población respaldará las decisiones de sus clarividentes líderes: una lección que las élites dominantes aprendieron mucho antes, y de la cual la industria de relaciones públicas es un ejemplo notable” (Chomsky, 2003: 37).

Los esfuerzos anteriores —incluyendo el proceso de institucionalización académica y sus fuertes sesgos corporativos— sirvieron como una base sólida para esta nueva etapa. Por ejemplo, los programas de enseñanza de lenguas extranjeras —especialmente japonés— se volvieron una prioridad estratégica para el rumbo de las cuestiones militares al vislumbrarse las crecientes tensiones que se configuraban en el Pacífico.

Por parte de los esfuerzos gubernamentales, la creación del Ethnogeographic Board —a partir de la conjunción de esfuerzos entre el Smithsonian Institution, el American Council of Learned Societies y el Social Science Research Council (SSRC, con amplia injerencia en la institucionalización de los estudios de área)— definió una primera fase en el desarrollo de nuevas capacidades para enfrentar el conflicto internacional. La enseñanza de las lenguas del Pacífico y la comprensión cultural de la región se instituyeron como la prioridad de este órgano (Lewis y Wigen, 1999).

En estos primeros acercamientos, el enfoque antropológico prima sobre el geográfico que, por otra parte, se había configurado en un determinismo esencialista no útil para las necesidades estratégicas que el momento demandaba. Si bien la Geografía había sido central como parte de los conocimientos y las praxis materiales que sirvieron de sustento para el proceso de expansión territorial durante el siglo anterior, la consolidación de la dimensión continental estadounidense, la creciente interconexión territorial y marítima, así como el cierre de las fronteras internas —decretado desde 1890 junto con la matanza de Wounded Knee—, hicieron del conocimiento geográfico un saber secundario y de la Geografía un campo limitado ante los requerimientos de la década de 1940, a diferencia del nuevo campo interdisciplinario en pleno desarrollo (Smith, 2007).

Un trasfondo ideológico también permea este desplazamiento de la Geografía en unos estudios en donde supuestamente el saber geográfico debía primar. En 1941, Henry Luce, el magnate del periodismo —*Time*, *Life*, *Fortune*, *Sports Illustrated*— pronunció la frase que daría sentido y coherencia al hegemonismo estadounidense al definir al siglo xx como “el siglo americano”. Como explica lúcidamente Neil Smith (2003: 254):

No hay nada inocente en la elección de una definición temporal del poderío global de Estados Unidos sobre una espacial, ni fue en sentido alguno un mero retorno al lenguaje decimonónico sobre “el destino”. Un aislacionista convertido en intervencionista, Luce (1941), de forma abiertamente burlona

afirmaba que los estadounidenses no sabían y no necesitaban saber los detalles de lugares particulares alrededor del mundo, sino que se encontraban ahora en la posición de afirmar su superioridad moral, cultural y económica en todo el panorama global; para Luce, el mundo era un lienzo abstracto al alcance del tutelaje global de Estados Unidos. La desespacialización del “imperio” lograda por el “siglo americano” de Luce, simultáneamente consumió una despolitización, o al menos la reducción [de las posibilidades] de una política asequible: *se puede pelear contra un imperio (la historia está llena de gente y de movimientos que lo han hecho o intentado) pero ¿cómo pelear contra un siglo? El objetivo de la oposición política es disuelto por el lenguaje temporalizador.*

La realidad es que, aunque el siglo americano se base en la noción de una nueva temporalidad, el espacio se presentó como un sustento primordial. No obstante, éste debía ser fragmentado, controlado, administrado y dominado a partir de reducirlo a unidades manejables que permitieran la legibilización del todo y de las partes, su ordenación y jerarquización para una visión y una praxis utilitaria destinadas a servir de sustento de la reproducción de las relaciones de poder y las jerarquías sociales, así como de los procesos de producción, circulación y acumulación que les sostenían. En otras palabras, la regionalización y la perimetrización espacial —con sus mecanismos disciplinarios y de regulación biopolítica— serían la base espacial que produciría la dominación temporal del siglo del americanismo (Herrera, 2020). En última instancia, lo que no se adecuaba era la Geografía decimonónica en el conocimiento del espacio y los planteamientos geoestratégicos que buscaban configurarlo a su modo.

Así lo demuestran las formas de regionalización estratégica que se derivan del momento de guerra. Los esfuerzos gubernamentales se vuelven a encontrar —¿cómo no hacerlo?— con los esfuerzos corporativos y los de sectores privados extremadamente preocupados por los probables resultados de la guerra. El CFR, las fundaciones, los Departamentos de Estado y de Guerra, se enfocan en elaborar toda una evaluación de la situación del mundo en el marco de los Proyectos para la Guerra y la Paz (Shoup y Minter, 1977) y, de la mano con esta definición de regiones de aprovisionamiento y de mercados vitales para el capitalismo estadounidense, al mismo tiempo comienzan a institucionalizar el campo de estudios conocido como *area studies* (estudios de área). El concepto área, privilegiado sobre el de región, muestra una vez más la superación del conocimiento geográfico estancado

en el siglo XIX, y la forma como se perfilan hacia la producción del siglo americano (Smith, 2007).

Los estudios de área, como ya lo perfilaban sus antecedentes en las décadas de los veinte y treinta, retan abiertamente la conformación disciplinaria y cerrada propia de la consolidación del pensamiento social decimonónico —que acompaña a la consolidación misma del Estado moderno— para conformarse en un campo interdisciplinario y de aplicación más allá de las fronteras estatales, que se compagina con otro tipo de praxis hegemónica como la de Estados Unidos (Wallerstein, 1997). La nueva hegemonía mundial en pleno ascenso requería también de una nueva visión global, pragmática y versátil, contraria a las formas dadas, estáticas y cerradas de la etapa precedente.

Los estudios de área derivaron en la producción de nuevas representaciones espaciales que definían y delimitaban áreas, cuyo contenido estaba dado por sujetos, relaciones sociales, formas de organización y autoridad, territorio, recursos, producciones infraestructurales y demás que, en teoría, respondían a ciertos rasgos comunes a partir de los cuales se podría llevar a cabo ese proceso de esquematización y perimetrización. Las praxis socioespaciales, las materialidades, las simbolizaciones, las representaciones preexistentes y sus formas discursivas quedaban todas aglutinadas en estas nuevas fronteras que, a la vez que aglomeraban, también separaban e individualizaban regiones enteras separándolas de otras y jerarquizándolas en torno a la lógica de la nueva mirada global (Mezzadra y Neilson, 2014; Rodríguez, 2003; Wallerstein, 2010).

De los primeros esfuerzos por consolidar el campo de especialización en los estudios de área —en realidad múltiples campos— surgió una división casi definitiva del mundo: este de Asia, sureste asiático, sur de Asia, Medio Oriente —u Oriente próximo— y norte de África, África subsahariana, América Latina, América del Norte —con un México difuso entre regiones—, Rusia y el este de Europa —muchas veces bajo la influencia de los estudios soviéticos—, Europa occidental y, por último, Oceanía (Lewis y Wigen, 1999).

En 1943, el Comité sobre las Regiones del Mundo del SSRC publicó el reporte titulado “World Regions in the Social Sciences” que dotaba al nuevo campo de estudio de un fuerte sentido geopolítico al plantear que “La necesidad inmediata de científicos sociales que conozcan las diferentes regiones

del mundo permanece sólo por detrás de la necesidad de oficiales militares y navales que se encuentren familiarizados con las zonas de combate actuales y potenciales” (citado en Wallerstein, 1998: 195). Con estas consideraciones en mente, el financiamiento para los estudios de área se convirtió en una prioridad estratégica y tanto el sector público como el privado se involucraron directamente en esta labor.

Las fundaciones Rockefeller, Ford, Mellon y Carnegie fungieron como grandes patrocinadoras de los estudios de área y de programas de formación en lenguas extranjeras, siendo las universidades de la Ivy League las mayores beneficiarias de esos apoyos. “Durante toda la guerra, la Fundación Rockefeller proveyó más de un millón de dólares para financiar los campos de lenguas [extranjeras] y estudios de área en la Universidad de California, Harvard, Chicago, Universidad de Pensilvania, y la Asociación de Lenguas Modernas, entre muchas otras” (Smith, 2007: 20). En la segunda posguerra y después durante la guerra fría, estas mismas entidades financiarían no solamente a los estudios de área como tal, sino las becas de intercambio e investigación tanto de estudiantes que irían a documentarse y conocer el terreno a cada una de las regiones (Wallerstein, 1998) como de aquellos que irían de ciertas regiones estratégicas a estudiar en las universidades de élite estadounidenses como los llamados Chicago boys (Klein, 2007).

Por la parte netamente gubernamental, para 1958, la importancia de los estudios de área se mostraba tan estratégicamente para el despliegue global estadounidense que la administración Eisenhower urgió al Congreso a aprobar la *National Defence Education Act* (NDEA), que en su título VI otorgaba apoyos financieros para todos los centros de estudios regionales, lo que propició un mayor desarrollo en el campo, y no solamente en el apoyo a centros universitarios, sino también para bibliotecas y centros de documentación altamente especializados en cada una de las regiones del mundo (Wallerstein, 1998).

Si algo caracterizó a los estudios de área hasta la década de 1960, como puede observarse, fue su utilitarismo y visión pragmática sobre el mundo. De esta manera, dependiendo de las necesidades de cada momento, ciertas regiones adquirirían mayor o menor relevancia y los apoyos público-privados fluían con mayor o menor intensidad al estudio de cada región. Es innegable que, desde el fin de la segunda guerra hasta 1970, las regiones del sur y sureste de Asia, el espacio soviético y la Europa del este y América Latina tuvieron preeminencia sobre el resto, lo que implicó un auge en los estudios

de esas áreas en la formación de especialistas y en el financiamiento para estas labores. Durante toda la guerra fría, estos estudios fueron fundamentales y fungieron como una base sólida para la hegemonía del americanismo desbordado por todo el planeta. Si se cruzan los datos sobre el despliegue mundial de tropas estadounidenses (Herrera, 2021) con los del financiamiento en estudios de ciertas regiones, se observará que las casualidades no existen en la mirada pragmática estadounidense.

Los estudios de área estuvieron impregnados, desde un inicio, de un fuerte sesgo militarista acorde con la era nuclear, la carrera armamentista y la destrucción mutua asegurada (MAD, por sus siglas en inglés) como principio de convivencia entre grandes potencias. También estaba su papel de convertirse en referentes legítimos y superiores frente a y sobre otras representaciones que reivindicaran un estatuto propio en cada región —como los movimientos panárabes, panislamistas, de reivindicación de la identidad negra en África, las identidades afrocaribeñas e incluso el latinoamericanismo—. No obstante, en todo ello subyace también su papel dentro de la *fabrica mundi*.

El nacimiento de los estudios regionales [*area studies*] también supuso un esfuerzo por conceder un sentido de autoridad y objetividad científica a la división del mundo en zonas más o menos delimitables, supuestamente unidas por sus características sociales y culturales y entendidas como comparables y, en este sentido, como entidades separables (Mezzadra y Neilson, 2014: 62).

[...] el nacimiento de los estudios regionales después de la segunda guerra mundial estaba lejos de encontrarse limitado al “objetivo” de ser inmediatamente destruidos [un mundo que debía ser construido para inmediatamente ser destruido, en la lógica de la guerra]. Los estudios regionales jugaban, en cambio, un rol clave en la nueva producción del mundo, una nueva *fabrica mundi* [...] Enmarcar al planeta de este modo implicó que las nuevas fronteras (literales, metageográficas y cognitivas) produjeran nuevos mapas de dominación y explotación para el desarrollo capitalista durante las largas décadas de la guerra fría, inscribiendo el espectro de la hegemonía europea dentro de una nueva imaginación geográfica (63).

De esta manera, los estudios de área se transformaron en la piedra angular de un ordenamiento global cuyo sentido no sólo era comprender el mundo y saber el mundo (Wallerstein, 1991), sino de producir un mundo en el cual cada región y las escalas que ésta contenía regulara los flujos y los

procesos estratégicos de reproducción de la vida como las relaciones capital-trabajo, el funcionamiento de los mercados, la producción de recursos estratégicos, las formas de autoridad y gobierno en cada una, lo que permitiría que la escala global de la dominación del americanismo mundializado ejerciera su capacidad de dominio de forma trasescalár, primero, y en segundo a partir de regionalizar y de producir perimetrizaciones espaciales cuya función era producir fronteras estratégicas y cuyo funcionamiento biopolítico y gubernamental consistía en disciplinar, administrar, controlar y vigilar la reproducción normalizada de la nueva hegemonía desbordada; en una palabra, esta forma de regionalización producía un nuevo mundo.

De las representaciones espaciales a los espacios de representación: las contradicciones y los límites del espacio dominante

“¿Cómo pelear frente a un siglo —el siglo americano—?”, se cuestionaba Neil Smith (2003) en una cita que antes he rescatado. Sin duda, la temporalización a la que hacía referencia llevó a la despolitización y al borrado de una política asequible, realista y posible frente a un imperio conceptualizado como temporal, pero desespacializado. Sin embargo, una cosa era la conceptualización y las representaciones espaciales, y otra muy distinta el ámbito de los espacios de representación, mismos que Lefebvre identificara como aquellos donde habitan esos “simbolismos complejos ligados al lado clandestino y subterráneo de la vida social” (Lefebvre, 2013: 92); es decir, los espacios de las contradicciones, de la vida real, de las oposiciones históricas, de los fracasos y ciertas victorias, de la memoria, de lo político (Echeverría, 1998). En estos espacios de representación, las representaciones del espacio se erigen dominantes, pero al mismo tiempo se confrontan con las contradicciones —muchas de las cuales son creadas por estas mismas formas representacionales—y, en ocasiones, estallan con ellas.

Las representaciones espaciales provenientes de los grandes planteamientos estratégicos de regionalización y perimetrización pronto se encontraron con las contradicciones reales. Es indudable que los *area studies* no solamente se dirigían hacia estudiar, sino a producir una espacialidad estratégica que fuera sostén de la hegemonía estadounidense —así como del actuar estratégico de aquellas potencias que desarrollaron sus propias

versiones—. El proceso de *fabrica mundi* conllevaba un fuerte sesgo modernizador basado en las concepciones de desarrollo y progreso de corte occidental-americano que pretendía producir formas y contenidos socio-políticos, económicos, culturales y geopolíticos, acorde con las necesidades de consolidación del espacio capitalista mundial y, en éste, del americanismo.

Por lo anterior, no es extraño que estos estudios regionales en realidad fungieran como procesos de perimetrización de espacialidades destinadas a disciplinar, producir, contener, administrar, gestionar, regular y reformular sujetidades, relaciones sociales, relaciones de producción, así como de inaugurar y sostener formas de autoridad política, modos de reproducción de vida y de ejercicio de las relaciones mando-obediencia que permitieran la consolidación de una espacialidad estratégica mundial (Herrera, 2017a, Herrera, 2020). En términos generales, se trató de la producción de fronteras que delimitaban espacialidades biopolíticas donde la gubernamentalidad capitalista-liberal pudiera instaurar espacios y territorios diferenciados de delimitación y contención de los otros, al tiempo que producía regulaciones y ordenamientos de los flujos de capital, mano de obra y trabajo de acuerdo con el modo de regulación fordista erigido en escala mundial (Mezzadra y Neilson, 2014; Rodríguez, 2003; Sassen, 2003).

Los *area studies* como representaciones estratégicas del espacio para guiar una praxis geoestratégica y una producción de mundo diferente a la anterior, sin embargo, replicaron una división étnico-racial producida por el propio americanismo. Si clase, raza y género se funden en la producción compleja del sistema mundial y sus diversos ensamblajes socio-espaciales, éstos no pueden ser ajenos en la producción de un conocimiento-poder y una praxis geoestratégica que pretende ordenar y legibilizar para intervenir y producir. Refiriéndose a los trabajos tempranos de *The Inquiry*, Neil Smith (2007: 6) apunta que:

[...] el enfoque del trabajo de *The Inquiry* en gran medida estaba centrado en los territorios y las fronteras, y ante la pregunta sobre cómo las fronteras de la posguerra, especialmente en Europa, deberían ser reordenadas, se enfatizaban las características y las identidades nacionales. Un esfuerzo considerable fue destinado a cartografiar los grupos nacionales identificándolos por lengua, religión y otros factores, así como analizar conflictos políticos y culturales a lo largo de los territorios fronterizos. Existía una cierta ironía en el hecho de que este trabajo movilizó un lenguaje emergente sobre la etnicidad y la

diferencia étnica. Desarrollado particularmente en el periodo posterior a la guerra civil en Estados Unidos [la llamada reconstrucción], el lenguaje de la etnicidad proveyó de medios a partir de los cuales los inmigrantes americanos de ascendencia europea pudieran ser separados de los afroamericanos, por una parte, mientras que por la otra, la división nacional interna entre irlandeses, italianos, judíos y otros inmigrantes —todos en proceso de convertirse en “blancos”— pudieran ser reconocidos como inferiores a, o por lo menos diferentes de, el conglomerado anglo que proveía de la supuesta norma republicana. En otras palabras, las etiquetas socio-territoriales proyectadas desde Europa hacia un mapa cultural de asimilación en Estados Unidos, se reflejaron nuevamente como un aparato pretendidamente científico para reelaborar la geografía cultural, social, económica y política de Europa, el continente desde el cual fueron extraídas estas categorizaciones en un primer momento.

No obstante, esta proyección de identidades, formas de esquematización e individuación de sectores de población desde Estados Unidos hacia el exterior no sólo ocurrió en la representación espacial producida con respecto a Europa, tampoco aconteció únicamente durante la primera posguerra, sino que puede rastrearse a partir de entonces como un patrón de producción de representaciones espaciales dominantes desde el pensamiento geoestratégico estadounidense.

La forma en que se produjeron las regiones del mundo durante la segunda posguerra y durante la guerra fría, en la cual las representaciones legadas por los *area studies* como conocimiento-poder, base de una praxis geoestratégica, fueron fundamentales, tenía relación directa, como he apuntado anteriormente, con la producción de un gran espacio estratégico que permitiera la reproducción del capitalismo mundial y de la modernidad americana que ahora le daba un sentido global. La regulación de las relaciones entre capital y trabajo, la asignación de las labores productivas en cada región —llamada especialización en la división internacional del trabajo—, la creación de zonas de aprovisionamiento estratégico de recursos, la creación de un sistema de circulación mundial que imprimía ya patrones geopolíticos (Harvey, 2007) y, en fin, la producción de un autómatas capitalista (Barrera y Ceceña, 1995) desbordado por buena parte del planeta se encuentran en el trasfondo de estos procesos de perimetrización-regionalización.

Como he anotado también, la asignación de lugares y sitios a cada cual según su raza y género —base del propio gobierno del trabajo y de las formas sociales en general— es parte sustancial tanto de los procesos materiales

de la producción de las regiones como de aquellos que tienen que ver con la simbolización y la asignación estereotipada, llena de determinismos culturalistas que construyeron las dinámicas regionales y sus imágenes relacionadas con la propia existencia del sistema mundial, como lo muestran las divisiones y los análisis de los *area studies* durante las décadas de 1950 y 1960.

No obstante, estas representaciones espaciales se enfrentan y confrontan con numerosas dinámicas y procesos que comienzan a acontecer en la década de los sesenta y que se entrecruzan y yuxtaponen, pero que no tienen un origen único ni tampoco un solo sentido, aunque todos ellos se encuentren imbricados en las contradicciones de la forma civilizatoria capitalista y del moderno sistema mundial. Los estudios regionales encuentran múltiples obstáculos que definirán el rumbo futuro del campo, así como también de las representaciones espaciales —y las prácticas que les acompañan— que a partir de entonces se inaugurarán e instaurarán en el mundo.

El primer proceso que comienza a erosionar ese cuerpo sólido que parecía haberse erigido en este campo de investigación (producción de espacios) vino desde dentro. Es innegable el éxito que tuvieron los *area studies* en la formación de (hiper)especialistas regionales y de la cantidad de regiones que llegaron a abarcar —prácticamente el mundo entero—, lo cual habla del éxito tanto de las inversiones y los esfuerzos privados como de los públicos, especialmente de esa relación corporativa que se funde en estructuras y formas de gobierno en Estados Unidos. No obstante, será esta misma forma simbiótica y pragmática la que despertará los principales cuestionamientos por parte de un grupo nutrido de especialistas regionales.

En la década de los sesenta, la llamada Operación Camelot abrió un debate ético, moral y estratégico que trastocó los fundamentos de los estudios regionales. En términos generales, a partir de 1964, la Special Operation Research Office (SORO), de la American University del Departamento de Defensa, recibió la propuesta de un grupo llamado Proyecto Camelot, que *grosso modo* proponía enfocar los esfuerzos de los estudios regionales en tres aspectos:

Primero, idear procedimientos para evaluar el potencial del surgimiento de una guerra interna dentro de sociedades nacionales. Segundo, identificar, con un alto grado de confianza, aquellas acciones que el gobierno deba tomar para aliviar las condiciones que son consideradas como factores para una potencial guerra interna; y finalmente, evaluar la viabilidad de prescribir las caracterís-

ticas de un sistema para obtener y utilizar la información esencial para llevar a cabo los dos puntos anteriores (citado en Wallerstein, 1998: 220).

El trasfondo de la propuesta era plantear estrategias y operaciones de contrainsurgencia en América Latina —y pocas otras regiones—, así como esquemas de intervención que pudieran contener y, en la medida de lo posible, eliminar a la oposición que se estaba configurando frente a los proyectos de modernización capitalista-occidental, los planes de desarrollo y toda la visión alto-modernista⁵ que, en teoría, buscaba aliviar las precariedades materiales y el atraso social existente, pero que, en la práctica, fungieron como programas y políticas de disciplinamiento, desplazamientos forzosos, formación de trabajadores y trabajadoras funcionales útiles para el capitalismo industrial mundial, y demás procesos que culminaron en la conformación de una férrea crítica desde los propios lugares asignados por raza y género (Scott, 1998). En esta crítica se bifurcan dos trayectorias. La primera, la del cuestionamiento dentro de los propios *area studies* y la formación de un bloque de especialistas que viraron hacia:

[...] la crítica de la teoría de la modernización que había sostenido a los estudios de área; a la crítica del concepto de “tres mundos”; al argumento sobre que los análisis nomotéticos que utilizan datos de Estados Unidos y la Europa occidental eran en realidad extrapolaciones de descripciones particularistas; hacia un llamado abierto por un compromiso, “la necesidad de una investigación normativa”, dado que de hecho el trabajo de los llamados académicos libre de valores estaba imbuido de sus propios compromisos (Wallerstein, 1998: 226).

La segunda, el propio cuestionamiento desde las regiones que eran estudiadas desde fuera, es decir, desde los llamados centros mundiales de producción del conocimiento donde se ejercía la labor de investigar a los otros e incluso iniciar un debate en nombre de esos otros —como el propio cuestionamiento ético y moral desatado por la Operación Camelot—, pero donde en realidad jamás intervenían como sujetos conscientes y de primera

⁵ Según James C. Scott (1998: 4), la ideología *alto-modernista* (*high-modernist ideology*) “es mejor concebida como una versión fuerte [...] de la autoconfianza sobre el progreso científico y técnico, la expansión de la producción, la creciente satisfacción de las necesidades humanas, el dominio sobre la naturaleza (incluyendo la naturaleza humana) y, sobre todo, el diseño racional del orden social acorde con la comprensión científica de las leyes naturales”.

instancia, sino como objetos a ser conocidos, estudiados, disciplinados, modernizados y moldeados, administrados y regulados, en una versión ultra utilitarista que actualizaba y potenciaba aquella que se había instaurado con la Antropología decimonónica y sus derivados.

Pronto se revelaron desde esas propias regiones distintas voces que abogaron por el estudio de sí mismos, por el análisis y la comprensión no mediada, por el entendimiento de las particularidades y de los procesos reales que definían a las regiones. Se trata de un proceso de reivindicación de la necesidad y la capacidad de emprender un estudio desde las propias regiones cuyo sentido no sería el utilitarismo característico de los primeros *area studies*, sino propiciar nuevos horizontes del conocimiento que permitieran otros desarrollos alternativos. De ello derivan numerosos estudios poscoloniales, decoloniales y numerosas aportaciones sobre las regulaciones raciales y sexo-genéricas que determinaron históricamente el desarrollo de las diversas regiones del mundo (Wallerstein, 1997; Lander, 2000; Santos y Meneses, 2014). Es cierto, también, que algunas de estas propuestas, al buscar negar a la modernidad misma y al determinar a todo lo occidental como eurocéntrico y colonial, han reivindicado, quizá inconscientemente, un posmodernismo característico de la etapa posfordista, negando así toda posibilidad real de trascendencia histórica (Castro-Gómez, 2019).

Es precisamente esta etapa posfordista la que configura otro proceso de renovación de las representaciones espaciales dominantes sobre las regiones del mundo. La crisis de sobreacumulación de la década de 1970 y la conflictividad estratégica que ésta abre define un límite real a las anteriores representaciones del espacio y la configuración del espacio dominante que sostenían.

Como he afirmado, la perimetrización que deviene en la conformación de las regiones del mundo se encuentra íntimamente vinculada a una necesidad del modo de regulación fordista del capitalismo industrial: producir espacialidades de aglomeración biopolíticas —de disciplinamiento, regulación, administración, control y vigilancia— en torno a flujos, socialidades, dinámicas, relaciones capital-trabajo, de producción y reproducción de la mano de obra, mercaderías, recursos y territorialidades estratégicas encuadradas en fronteras que definían la dinámica del capitalismo global (Mezzadra y Neilson, 2014), comandado por la potencia estadounidense que requería de espacialidades cerradas y definidas, jerarquizadas racialmente, para poder

constituirse como elemento central del autómatas capitalista mundializado y del sistema de circulación que le permitía su reproducción.

La crisis definió la necesidad de ajustes espacio-temporales (Harvey, 2005) muchos de los cuales requirieron romper las anteriores configuraciones y fijaciones espaciales, incluyendo las regiones y las escalas que hasta entonces definían la morfología del capitalismo mundial. De esta manera, las representaciones espaciales mutaron desde estas configuraciones espaciales con fronteras bien definidas —por cultura, religión, historia y demás— que respondían a la fase anterior, hacia la producción de nuevas espacialidades reticulares, altamente jerarquizadas, que retan y cuestionan las formas de autoridad, gobierno, administración y regulación anteriores, con nuevas mallas espaciales que aglomeran y refuncionalizan grandes cantidades de territorio, recursos, infraestructura y mano de obra, inaugurando nuevas formas de autoridad y de ejercicio del poder que rebasan por mucho la lógica de los *area studies* y sus representaciones espaciales (Sassen, 2003; Mezzadra y Neilson, 2014; Herrera, 2019).

De esta forma, las propias representaciones espaciales son cuestionadas por las nuevas necesidades estratégicas de romper las anteriores fronteras y de hacer estallar las espacialidades y territorialidades cerradas, bien delimitadas, que anteriormente eran la piedra angular de la regulación biopolítica y de gubernamentalidad liberal-fordista en escala global, para dar paso a formas complejas y yuxtapuestas de diversas espacialidades que profundizan los patrones de diferenciación espacial y de desarrollo desigual (Smith, 2008), así como nuevos sentidos de articulación estratégica. La regionalización y perimetrización que conlleva sin duda es central, pero ya no tiene el mismo sentido que en la etapa precedente.

Dos últimas anotaciones debo hacer al respecto. La primera que la regionalización se complejiza y ya no sigue un solo patrón. Si bien es cierto que las formas reticulares y jerarquizadas de las nuevas mallas espaciales han puesto el acento en el aseguramiento de los flujos y de los fijos que permiten su reproducción (Cowen, 2007; Harvey, 2007), tampoco quiere decir que las anteriores representaciones espaciales y las prácticas que conllevan han sido del todo eliminadas. Basta ver los patrones de regionalización desde el aparato militar y de seguridad estadounidense para observar cómo coexisten y se yuxtaponen las viejas representaciones regionales con el nuevo despliegue complejo y diferenciado: comandos combatientes regionales, flotas

navales, bases militares, bases móviles, satélites, drones, redes de espionaje y vigilancia que perimetrizan cruzando e interconectando sus áreas asignadas.

La segunda, que los crecientes flujos que definen la movilidad de la mano de obra en el mundo, de sujetos expulsados de sus lugares de habitar, de desposeídos globales que migran hacia mejores oportunidades y, con ello, retan, cuestionan y al mismo tiempo alimentan a la dinámica del capitalismo mundial presente, subvierten por sí mismos la forma cerrada de la región e inducen procesos distintos de regionalización, desde esos espacios de representación en los cuales las regiones se difuminan y se funden, se yuxtaponen y estallan, junto con las escalas, hacia nuevos procesos en los cuales la vida misma, sus flujos y su reproducción están generando otras formas de producción de regiones y nuevos retos ante las vigentes (Mezzadra y Neilson, 2014; Sassen, 2003; Rodríguez, 2003).

De esta manera, los profundos cambios que se registran en el momento actual no sólo ponen en cuestionamiento a los estudios regionales como representaciones espaciales dominantes, sino a las prácticas espaciales y las intervenciones geoestratégicas que devienen de ellos inaugurando nuevas miradas y otras praxis que, no obstante, se confrontan con la dinámica contradictoria del espacio vivido. La región, nuevamente, se ve alterada y redefinida en múltiples formas, especialmente en las relacionadas con el pensamiento geoestratégico.

Conclusiones

Los procesos de regionalización se refieren a formas (geo)estratégicas de perimetrización espacial, mismas que permiten tanto un disciplinamiento productor de sujetidades y socialidades como la administración y regulación biopolítica de su reproducción normalizada y cotidiana. La aglomeración territorial, de recursos, mano de obra, infraestructura y más juegan un papel importante en estos procesos (Herrera, 2019). No obstante, también es un elemento central “asignar a cada quien su lugar”, proceso que está mediado por la raza como eje ordenador y jerarquizador. La extrapolación de las nociones sobre etnicidad en Estados Unidos hacia las conformaciones regionales que produjeron los estudios de área dan muestra de ello.

Considero pertinente resaltar que todo conocimiento-poder, como los estudios de área, no se limita a conocer para explicar y dar una imagen del

mundo tal y como es, sino que se trata de un saber de carácter productivo, es decir, que conoce para inducir cambios radicales y así producir una realidad distinta. El concepto de *fabrica mundi*, retomado de Mezzadra y Neilson (2014), es útil para comprender esta dinámica de producción de mundo.

Los *area studies* que surgen como un saber estratégico para poder confrontar un momento de emergencia, como el periodo entreguerras y, posteriormente, la segunda guerra mundial, se institucionalizaron no como campo de conocimiento multidisciplinario para estudiar el mundo, sino para producir un espacio estratégico global en el cual tanto el capitalismo histórico como forma civilizatoria mundializada como el sujeto hegemónico estadounidense pudieran reproducirse y, al hacerlo, procurar las condiciones para que la reproducción y acumulación ampliadas se dieran sin mayores obstáculos.

Los *area studies* se transformaron en los productores de representaciones del espacio que dieron paso a la configuración de un gran espacio dominante, en el cual se perimetrizaron espacios y territorios que fungieron como el sustento tanto de la confrontación con la Unión Soviética y los peligros detectados en cada etapa —como las guerrillas y las insurgencias generalizadas, incluyendo la Revolución mundial de 1968 (Wallerstein, 1998; Herrera y González, 2018)—, así como para la consolidación de un espacio capitalista que logró consolidarse incluso en las regiones en donde supuestamente estaba siendo eliminado.

El sentido utilitario de los *area studies* llevó a cuestionarlos fuertemente en al menos dos frentes: (1) en su propia dinámica en los grandes centros de producción de conocimiento, sobre todo en Estados Unidos; y (2) como conocimiento imperialista y excluyente que obviaba las dinámicas internas de las regiones, objetualizaba a las poblaciones en cada una de ellas —en todo caso, lo hacía para administrarlas y controlarlas—, excluía e incluso negaba las propias voces, experiencias y realidades de éstas, y creaba imágenes deformadas de las realidades particulares, en aras de instaurar procesos lineales de modernización y desarrollo al estilo del occidentalismo americanista.

La crisis de sobreacumulación de la década de 1970 y las formas espaciales y temporales que se inauguraron como respuesta ante ésta definieron también límites objetivos ante la forma de producción de la región y del mundo, dando pasos a procesos de perimetrización más complejos, en

extremo fragmentarios y diferenciales, que encuentran en el posmodernismo su correlato ideológico (Jameson, 2009), pero que en realidad responden a la producción de nuevas aglomeraciones espacial-territoriales mucho más complejas, en las cuales las jerarquías y las formas de autoridad anteriores —ligadas al Estado-nación y la región internacional— se ven subvertidas y desgarradas por otras nuevas que muchas veces escapan a la comprensión tradicional sobre lo regional. El incremento y la radical transformación de diversos flujos —especialmente migratorios— han coadyuvado en esta desestabilización de lo regional.

En este sentido, los procesos de regionalización no se terminan y continúan operando acompañados de grandes representaciones espaciales y de procesos de perimetrización que, no obstante, son totalmente distintos a los de etapas precedentes. Las nuevas espacialidades se yuxtaponen con las anteriores, y las contradicciones hacen que las representaciones del espacio en todo momento se confronten agónicamente con los espacios de representación. En ello se juega el concepto de región, así como las posibilidades de definirlo y darle un contenido, es decir, de guiar las prácticas espaciales y la forma como producimos, percibimos y vivimos el espacio social.

En su dimensión productiva, abiertamente biopolítica, los estudios de área son parte de un entramado de producción de subjetividades y sociabilidades correspondientes al modo de regulación fordista, vigente desde la segunda década del siglo pasado hasta cuando menos la década de 1970. La raza, la clase y el género siempre han sido ejes centrales en esa definición. No obstante, las configuraciones actuales son más difusas y, por ello, corresponden menos con la fijeza que caracterizara a las regionalizaciones de la etapa de guerra fría. Lo que Mezzadra y Neilson (2014) han denominado “la multiplicación del trabajo” y de las fronteras se refiere a estas nuevas formaciones subjetivas, flujos de mano de obra que atraviesan grandes distancias para poder acoplarse en los centros productivos, una de las fragmentaciones más características en la etapa posfordista. El área, como tal, ya no es la única tecnología de regulación biopolítica, sino que se complementa con otras.

Ante las múltiples transformaciones y los retos impuestos a los procesos de regionalización, como representaciones espaciales privilegiadas, también se ha cuestionado fuertemente a los *area studies* poniendo en duda su pertinencia y la manera como pueden adaptarse, si es que lo hacen, a los requerimientos productivos y también analíticos del siglo XXI (Walker y Sakai,

2019). En este sentido, se ha planteado una forma paradójica, en la cual quizá a lo que se esté asistiendo no sea como tal a fin de los estudios de área, sino al fin mismo del área como régimen gubernamental y biopolítico de regulación poblacional y de flujos estratégicos en el capitalismo del siglo XXI.

[...] a lo que nos referimos es precisamente al fin del *área*, pero no necesariamente el fin de su expresión disciplinar, los *estudios de área*. Estos no han terminado, sino que se han visto cada vez más atados a un esquema del mundo que no existe más. Lo que se encuentra en el centro para nosotros no es tanto “el fin del área” entendida como el fin de la importancia de un conocimiento específico, estudio lingüístico o de circunstancias históricas particulares; el fin del área significa justo lo contrario, el fin del *esquema* área, el fin del *régimen* área, el fin de este dispositivo poiético epistémico, a partir del cual el conocimiento es “nacionalizado” y, de este modo, transformado en algo “inherente” y “natural” (Walker y Sakai, 2019: 20-21).

Así, mientras los estudios de área se fortalecen e incluso se presentan como nuevos campos de reflexión antiimperialista, de particularismos y diferencias culturales, de la posibilidad de surgimiento de mundos alternativos —mismos campos donde compite y/o se complementa con los estudios decoloniales, poscoloniales y etnológicos (Shih, 2019)— al mismo tiempo pierden el papel privilegiado en la producción de las perimetrizaciones y regionalizaciones estratégicas que tuvieron hasta la década de 1970 (Walker, 2019). Las nuevas representaciones espaciales ahora se acercan, sin olvidar al área, a las nociones sistémicas de redes y nodos, aglomeraciones territoriales diseminadas por grandes extensiones del globo, regímenes biopolíticos no diferenciados por las anteriores fronteras, sino identificados con nuevas formas de fronterización más difusas y en clara yuxtaposición con las anteriores formaciones (Mezzadra y Neilson, 2014; Herrera, 2019;).

El área, la región internacional en castellano, continúa ocupando un papel central en el contexto geopolítico del siglo XXI, como lo demuestran la relevancia de América del Norte, la Unión Europea, África, América Latina y las diversas Asias en la actualidad, pero se conjugan con estas otras representaciones en red, con las formas difusas y jerarquizadas que no solamente retan a los viejos conocimientos, sino que inauguran nuevas formas de regulación biopolítica en el capitalismo contemporáneo.

Fuentes

BARRERA, ANDRÉS y ANA ESTHER CECEÑA

1995 *Producción estratégica y hegemonía mundial*. México: Siglo XXI.

CARR, EDWARD

2004 *La crisis de los veinte años*. Madrid: La Catarata.

CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO

2019 *El tonto y los canallas. Notas para un republicanismo transmoderno*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

CECEÑA, ANA ESTHER

2008 “Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites”, en *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*. Buenos Aires: Clacso, 20-32.

CHOMSKY, NOAM

2003 *Piratas y Emperadores. Terrorismo internacional en el mundo de hoy*. Barcelona: Ediciones B.

COWEN, DEBORAH

2007 “A Geography of Logistics: Market Authority and the Security of Supply Chains”, *Annals of the Association of the American Geographers* 100, no. 3 (octubre): 600-620.

COX, ROBERT W.

2013 “Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la teoría de las Relaciones Internacionales”, *Relaciones Internacionales*, no. 24 (octubre): 129-162.

ECHEVERRÍA, BOLÍVAR

2008 “Modernidad americana (claves para su comprensión)”, en *La americanización de la modernidad*. México: CISAN-UNAM; Era, 17-49.

1998 *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI.

FOUCAULT, MICHEL

- 2008 *Seguridad, territorio, población*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 2006 *Defender la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1988 “El sujeto y el poder”, *Revista mexicana de Sociología*, año 50, no. 3 (julio-septiembre): 3-20.

GRAMSCI, ANTONIO

- 2000 “Americanism and Fordism”, en *The Gramsci Reader. Selected Writing, 1916-1935*. Nueva York: New York University Press, 275-299.

GUERRA y SÁNCHEZ, RAMIRO

- 1973 *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países Hispanoamericanos*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

HARVEY, DAVID

- 2018 *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- 2007 *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- 2005 *The New Imperialism*. Nueva York: Oxford University Press.

HERRERA, DAVID

- 2021 “El repliegue de tropas de Estados Unidos en el mundo: declive relativo, reajustes estratégicos y unilateralismo operacional en el siglo XXI”, *Revista de relaciones internacionales, estrategia y seguridad* 16, no. 2 (julio-diciembre): 97-120.
- 2020 *El siglo del americanismo. Una interpretación histórica y geoestratégica de la hegemonía de los E.U.* México: Akal / FFyL.
- 2019 “Geopolítica de la fragmentación y poder infraestructural. El Proyecto One Belt, One Road y América Latina”, *Geopolítica(s)* 10, no. 1 (enero-junio): 41-68.
- 2017a “Producción estratégica del espacio y hegemonía mundial. La confluencia en el estudio de la Geografía política y la geopolítica”, en *Praxis espacial en América Latina. Lo geopolítico puesto en cuestión*. México: Ítaca, 129-151.

2017b *Hegemonía, poder y crisis. Bifurcación, espacialidad estratégica y grandes transformaciones globales en el siglo XXI*. México: UNAM; Ediciones Monosílabo.

HERRERA, DAVID y FABIÁN GONZÁLEZ

2018 “El espacio dominante y el legado post-68 en México y el mundo: militarización, securitización y violencia”, *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, año 63, no. 234 (septiembre-diciembre): 287-313.

JAMESON, FREDRIC

2009 “El fin de la temporalidad”, en *Los contornos del mundo. Globalización, subjetividad y cultura*. México: CISAN-UNAM, 31-60.

KLEIN, NAOMI

2007 *La doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.

LANDER, EDGARDO

2000 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.

LEFEBVRE, HENRI

2013 *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing

1976 *Espacio y Política*. Barcelona: Península.

LEWIS, MARTIN y KÄREN WIGEN

1999 “A Maritime Response to the Crisis in Area Studies”, *Geographical Review* 89, no. 2 (abril): 161-168.

LIPSET, SEYMOUR MARTIN y EARL RAAB

1981 *La política de la sinrazón*. México: Fondo de Cultura Económica.

MEZZADRA, SANDRO y BRETT NEILSON

2014 *La frontera como método*. Madrid: Traficantes de Sueños.

OROZCO, JOSÉ LUIS

2001 *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos*. México: Gedisa.

RAFFESTIN, CLAUDE

2013 *Por una geografía del poder*. México: El Colegio de Michoacán.

RODRÍGUEZ, EMMANUEL

2003 *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia*. Madrid: Traficantes de Sueños.

SANTOS, BOAVENTURA DE SOUSA y MARÍA PAULA MENESES

2014 *Epistemologías del Sur (Perspectivas)*. Madrid: Akal.

SASSEN, SASKIA

2003 *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.

SCOTT, JAMES C.

1998 *Seeing Like A State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. Estados Unidos: Yale University Press.

SHOUP, LAURENCE y WILLIAM MINTER

1977 *Imperial Brain Trust. The Council on Foreign Relations & United States Foreign Policy*. Nueva York: Monthly Review Press.

SHIH, SHU-MEI

2019 “Racializing Area Studies, Defetishizing China”, *Positions: Asia Critique* 27, no. 1 (febrero): 33-65.

SMITH, NEIL

2008 *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*. Estados Unidos: Georgia University Press.

2007 “‘Abysmal Ignorance’: The Pre-Life of Area Studies, 1917-1958”, en *The Politics of Space: Jigsaw Geographies After Area Studies*, en https://s3.amazonaws.com/ssrc-cdn1/crmuploads/new_publication_3/abysmal-ignorance-the-pre-life-of-area-studies-1917-1958.pdf, consultada el 20 de julio de 2019.

- 2003 “After the American Lebensraum. ‘Empire’, Empire and Globalization”, *Interventions. International Journal of Postcolonial Studies* 5, no. 2: 249-270.

WALLERSTEIN, IMMANUEL

- 2010 *Análisis de Sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI.
- 1998 “The Unintended Consequences of Cold War Area Studies”, en *The Cold War & the University*. Nueva York: New Press, 195-231.
- 1991 *Conocer el mundo, saber el mundo*. México: Siglo XXI.
- 1997 *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

WALKER, GAVIN

- 2019 “The Accumulation of Difference and the Logic of Area”, *Positions: Asia Critique* 27, no. 1 (febrero): 67-98.

WALKER, GAVIN y NAOKI SAKAI

- 2019 “The End of Area”, *Positions: Asia Critique* 27, no. 1 (febrero): 1-31.

ZINN, HOWARD

- 1999 *La otra historia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI.